con sombría energía. Yo prefiero la lucha francesa á la serenidad inglesa. El más hermoso destino es, al combatir por sí mismo, combatir por la justicia violada en su persona...

— Y que perezca el país antes que un principio, dijo Juan lleno de amargura.

— Están ustedes más cerca de entenderse que se figuran; repuso el padre Chanut. El sacerdote más fantástico es un hombre listo porque ha confesado. Éste, que nada sabía de la existencia de Juan Monnerón, había sentido, lo mismo que Cremieu-Dax, retumbar en la voz del hermano de Julia un dolor que se aliviaba con la violencia de la contradicción. Tampoco sabía nada del joven judío más que su rara cultura y sus convicciones colectivistas; adivinó que esta conversación le causaba también á él un sufrimiento moral, y continuó: Ambos sueñan ustedes con el reino de Dios puesto que quieren el orden social... Sólo que usted, señor Monnerón, ve el medio de este orden en la familia, y usted, señor Cremieu-Dax, en el individuo... Mi oficio es el servicio de las almas. Este oficio se puede hacer en todas partes, hasta en un *restaurant* socialista, siempre que se empleen palabras de paz y conciliación...

El sacerdote se levantó, pues ya habían acabado de comer, y se santiguó en acción de gracias. Los dos jóvenes se levantaron al mismo tiempo sin decir una palabra. Hay en la Iglesia tal tesoro de secular experiencia, que sus representantes llegan siempre á la verdad moral, aunque sea á través de extravagantes errores políticos. El padre Chanut acababa de expresar en pocas palabras el punto de divergencia que separaba á los dos antiguos amigos: uno había comprendido — Dios sabe á través de qué pruebas — que el problema

de la vida humana es únicamente el problema de la familia. El que piensa así, está muy cerca de las antiguas familias: la familia tiene tendencia á suprimir el hombre errante. Su deseo es durar á través del tiempo. Luego tiene necesidad de los mayorazgos, ó la libertad de testar, y entonces la autoridad del padre de familia la conserva. Exige un derecho reconocido de los muertos sobre una parte de la actividad de los vivos. Este derecho del pasado debe tener un representante hereditario; de ahí la necesidad de una familia real y de la monarquía. El otro, Cremieu-Dax, no veía en el mundo más que un drama místico, evolucionando á través de estos accidentes, todos insignificantes, que son las familias, las naciones, las razas. Semejante filosofía conduce al hombre á reconocer un derecho absoluto á la conciencia individual, cuyo término fatal es la anarquía. Había, sin embargo, un terreno en que estos dos adversarios (siempre lo habían sido, hasta cuando fraternizaban en utopías comunes) debían entenderse. Sí, se debían recíproca estima por su buena fe, lo que el sacerdote había llamado en su lenguaje evangélico: la busca del reino de Dios. Él mismo, al hablar del servicio de las almas, había tomado su puesto en el deplorable medio en que se presentaba. Los tres salieron en silencio del *restaurant*. Juan había olvidado ya esta discusión que con asombro suyo había sostenido en el momento en que la había entablado. Preocupado enteramente por la idea que iba quizá á encontrar á Rumesnil, la fiebre le consumía. El padre Chanut, cuya cara enjuta no mentía, y que tenía el temperamento del misionero, que tanto se acerca al del hombre de acción, iba meditando el discurso que iba á pronunciar dentro de un cuarto de hora ante un público tan hostil á su fe como lo hubiera sido uno de chinos ó japoneses.

En cuanto á Cremieu-Dax estaba tan atormentado que trató de acercarse á Juan, y aprovechó un momento en que iban á subir unos escalones que deban acceso á la *Unión*. En estas calles viejas del antiguo París existen estas irregularidades pintorescas que representan la forma del terreno primitivo. El sacerdote estaba ya en el último escalón cuando los dos amigos seguían aún al pie de la escalera haciéndose estas preguntas :

— ¿A ti te sucede algo, Juan?... dijo Cremieu-Dax ¿Qué ocurre? No te he visto hace unos días y te encuentro ahora tan extraño...

— Ocurre que ya estoy harto de tanta mentira respecto de mí y de otros. He visto claramente á dónde conduce todo eso. Quiero vivir en la verdad, replicó Juan.

— ¿Entonces piensas verdaderamente lo que has dicho? insistió Cremieu-Dax.

— Absolutamente... respondió el hermano de Julia. Después, viendo en la fisonomía de este camarada de su juventud una expresión de sincera pena, una comparación le hizo acordarse de otro camarada, del Judas que iba á encontrar quizá dentro de cinco minutos; y tuvo por el fiel amigo del que estaba tan lejos por el espíritu y tan cerca por el corazón, el mismo movimiento que este amigo había tenido por él en el mismo sitio el jueves pasado. Le cogió la mano y se la apretó sin decirle nada, con los ojos arrasados en lágrimas. Este silencio y esta emoción hablaban tan alto, que el otro comprendió que no debía insistir más, so pena de desgarrar su corazón atormentado. Á pesar del fanatismo de sus convicciones y aunque daba á la sesión de esa noche una importancia extraordinaria, si Cremieu-Dax hubiese adivinado el terrible golpe que su compañero había recibido ese día, no habría tenido

la fuerza de entregarse, como lo hizo en seguida, á la vigilancia de la *Unión*. Ya se había agolpado un número considerable de personas en el pórtico y en la escalera. Dos agentes de policía estaban á la entrada mirando á los que llegaban :

— Yo he dispuesto que los coloquen ahí... dijo Cremieu-Dax por lo bajo á sus compañeros, y como para contestar de antemano á la objeción que representaban á lo vivo esos dos agentes de la fuerza pública para vigilar una obra de individualismo acérrimo : — es el procedimiento que la naturaleza emplea en sus evoluciones, » agregó ; los órganos viejos protegen á los nuevos, mientras que éstos están formándose... Es el tejido adiposo de la oruga que alimenta á la crisálida, es decir á la mariposa en vías de *ser*...

El padre Chanut hizo un movimiento de aprobación con la cabeza, impresionado, como les sucede fácilmente á los sacerdotes de su escuela, por esta fraseología de tipo científico en la que sobresalen ciertos demagogos del día, y que revela la menos exacta de las disposiciones intelectuales y la más contraria al método de observación directa : la costumbre del razonamiento por analogía. Los tres estaban subiendo ya la escalera, abriéndose paso por entre la ola de estudiantes y de obreros que subían también. Cremieu-Dax mostraba tres billetes azules para que les permitieran pasar. Uno de los artículos de su minucioso reglamento decía que en los días de grandes asambleas, estos billetes distribuídos á las personas que debían tomar asiento en el estrado, les daban derecho de entrar antes de los asistentes ordinarios, miembros ó invitados, provistos de billetes blancos. Por lo general el ejercicio de este pequeño privilegio no sufría ninguna dificultad. Esta noche, el fundador de la U. T. pudo darse cuenta del

secreto trabajo á que se había entregado durante la semana su adversario Riouffol. Los tres recién venidos fueron recibidos con un sordo murmullo desde que empezaron á subir la escalera. Les abrían paso, pero con reflexiones que anunciaban una sesión tumultuosa. Se cambiaban frases á media voz, algunas de las cuales eran simplemente groseras, otras algo más: « El rechoncho, ahí viene el rechoncho... » « Es *nib de blair* que va á perorar, (*blair*, en jerigonza, significa nariz, — *nib de blair*, desnarigado.) Esta irónica alusión á la nariz del abate Chanut, que era en efecto un poco larga y que parecía más á causa de la demacración de la cara, era para él ininteligible, pero no para Cremieu-Dax, el joven judío, que para su apostolado socialista había aprendido la jerigonza, como había aprendido el griego, — filológicamente. « ¡Ya está temblando de miedo el cura! Los dos. Sorbonistas y él, qué puñado de rehenes, ¿ eh, camaradas?... Judío y jesuíta, vaya un par... Estos bajos sarcasmos y otros muchos semejantes salían de derecha, de izquierda, de arriba y de abajo. El sacerdote y Cremieu-Dax fingían que no los oían. Juan no se daba cuenta por estar atormentado por otra crisis de espera. Con la vista escudriñaba las cincuenta caras que alumbraba apenas la luz de un gas económico. El traidor no se encontraba allí. Por otra parte, apenas si conocía alguno que otro perteneciente á la *Unión*. En las conferencias de la *Tolstoi*, veinticinco tarjetas de invitación estaban á la disposición de cada uno de los miembros de la junta directiva. Riouffol se había encargado de distribuir las suyas, las de Pons y las de Boisselot. De este modo había reclutado en los pequeños centros anarquistas que frecuentaba setenta y cinco camaradas bien decididos á ejecutar su consigna y á no permitir que « el

llamado Chanut llevase la batuta en la *Tolstoi*, » para hablar como el electricista. Además, Riouffol, Pons y Boissselot podían contar en la *Unión* misma, en virtud del principio de reclutamiento, con otros tantos acólitos. Cada uno de los miembros de la junta directiva primitiva á que pertenecían, había tenido el derecho de introducir en la Sociedad veinticuatro adherentes. En una palabra, tenían á su disposición casi ciento cincuenta vocingleros, mientras que Juan y Rumesnil, por las razones que sabemos, apenas se habían ocupado en distribuir sus billetes. El grupo de los partidarios del abate Chanut y de su conferencia estaba, pues, casi reducido á los amigos y convidados de Cremieu-Dax y del hugonote Bobetiere. Era una minoría capaz sólo de aumentar aún por su resistencia el tumulto que la banda de Riouffol se preparaba á provocar, y antes que Cremieu-Dax y sus amigos hubiesen acabado de subir la escalera, un incidente anunció esta lucha inminente entre los liberales del grupo, esos que Boisselot llamaba con elegancia « los clericales » y los otros. Porque, habiendo gritado uno de estos últimos desde el grupo que se burlaba del abate Chanut, de Cremieu-Dax y Juan Monnerón: « ¡Bien por el adversario! ¡Los que insultan son unos cobardes!... » de todas partes estallaron los gritos de: « Á la calle!... » gritos que ahogó uno de los cabecillas del tumulto reclamando: « ¡*La Carmañola!* ¡*La Carmañola!* Y la inmunda canción, puesta á la moda del día, comenzó:

... ¿Qué pide un republicano?
La libertad del género humano,
La piqueta en los calabozos,
La tea en los castillos,
Y la paz en las cabañas!...

Los dos agentes de policía que se habían acercado al pie de la escalera escuchaban impasibles la primera estrofa que pone de manifiesto el alma revolucionaria siempre vacilante entre el humanitarismo y el degüello. Estos son los dos polos de la excitabilidad nerviosa. Y estos dos honrados y humildes servidores del país, que, como viejos soldados, habrían llevado quizá la bandera de Francia á Africa ó al Tonkín, siguieron escuchando esta otra estrofa :

... ¿Quién hace esclavos á los ciudadanos?
Los diputados y los patrioteros...
Arrasemos el cuartel,
La Cámara en que nos engañan,
Y allanemos las fronteras !

Este último verso que es de una graciosa estupidez, — porque es preciso ser dos para allanar una frontera, — resonaba todavía cuando Cremieu-Dax y Juan Monnerón pudieron introducir al invitado tan mal recibido en la antesala del primer piso. Cuatro individuos no pertenecientes á la *Unión* recogían los bastones de los que llegaban. Esta era también una de las precauciones que el colectivista millonario había tomado á sus expensas y con mucha oportunidad, como pudo verse en seguida al oir otro rumor que venía de la gran sala ya casi llena : ¡Sacristán!... Sacristán !... que era apagado con estas furiosas protestas : ¡Es una vergüenza !... ¡Nos estáis deshonrando!... ¡Silencio!... ¡Afuera los vocingleros!... La batalla comenzaba en la sala antes que todos los asientos fuesen ocupados. Unos comisarios que era fácil conocer por una medalla de bronce pendiente de una cinta roja, y en la que por un lado se veían las letras U. T., y por el otro, la sublime divisa : *Naturaleza*, *Ciencia*, etc., iban y venían medio locos, concertándose, separándose, haciendo callar á éste, amenazando á otro con la expulsión, y por la puerta abierta se veía, entre las cuatro paredes cubiertas de fotografías de Rembrandt, de Velázquez, de Leonardo, de Botticelli y de Mantegna, una ola de cabezas que iba engrosando, y en el fondo el estrado vacío. Los fundadores de la *Unión*, para democratizar más sus sesiones, habían decidido que los oradores y los miembros de la junta directiva se sentarían solos en esta estrecha tribuna un poco elevada. La mesa, en la que había una botella de agua, un vaso y una campanilla, esperaba al conferenciante y al presidente. Apenas divisaron los comisarios á Cremieu-Dax, se precipitaron á su encuentro como su jefe natural, pronunciando todos esta queja :

— ¡Es un golpe preparado!

— Pues le pararemos... y se acabó, respondió el joven. Con tal de que el sacerdote no se deje intimidar por esos salvajes...

— Por lo mismo que son salvajes me encuentro aquí, dijo el sacerdote...

— Acabo de emplear una palabra que no es justa, rectificó en seguida Cremieu-Dax. Se me ha escapado porque tengo nervios como todo el mundo. Mi intención fué decir : estos extraviados ; porque los extravían, y yo sé quién. ¿Pero qué se haría sin el pueblo, que lleva en sí todos los extremos ? Es su peligro, y es su grandeza... Luego, dirigiéndose á uno de los comisarios, preguntó : ¿Están ahí todos los miembros de la mesa?... y al oir esta contestación : No falta más que Rumesnil... exclamó sacando el reloj : ¡Qué lástima ! No tenemos más que cinco minutos, y con un público difícil es importante comenzar con

exactitud... En fin, si no está ahí ¡ qué le vamos á hacer !...

— Ese cobarde no vendrá... dijo para sí Juan. No le veré hasta mañana. Pero le veré... Si no viene, ¿ qué hago yo aquí ? Voy á esperar esos cinco minutos todavía... » Y siguió á su amigo Cremieu-Dax que había entrado con el padre Chanut en un pasillo circular que iba por detrás de la sala al cuarto llamado enfáticamente del Consejo. En ese momento había allí cuatro personas que escuchaban, sin hablarse, el tumulto creciente de la sala inmediata. Estas personas eran el rojo y germánico Bobetiere, el ruskiniano y melenudo Mario Pons, el cacógrafo Boisselot y Riouffol, cuya cara parecía más amarilla, los rasgos más feroces, la mandíbula más brutal, los ojos más brillantes. Este rumor, síntoma precursor de la bacanal que él había organizado, le comunicaba una expresión de alegría salvaje que se exaltó más cuando vió llegar al padre Chanut y á sus guías. Pero se quedó desarmado, aun en esta actitud de maldad triunfante, por la serenidad de Cremieu-Dax, que, habiendo saludado á los otros tres, se acercó á él con la mano tendida. No se habían hablado desde la frase sangrienta que el encuadernador había pronunciado en este mismo sitio, aludiendo á las minas de Modderfontein.

— Buenas noches, Riouffol... decía el fundador de la U. T. Jamás había hecho mayor sacrificio á su obra. Y como el otro se dejara tomar la mano maquinalmente, casi con estupor, continuó : Te presento, así como á nuestros camaradas, al señor Chanut, que viene como convidado nuestro... ¿ Oyen ustedes ese ruido ? Se está preparando una manifestación. ¿ Tendré necesidad de recordarles los estatutos que todos hemos firmado, y el artículo por el que todos somos

solidarios unos de otros en la junta salvo presentar la dimisión ? ¿ Hay alguno de ustedes que quiera presentar su dimisión ahora ?.... Así podrá tomar parte en la manifestación hostil. Si no, está comprometido con su firma á asociarse á nosotros para reprimirla...

En toda afirmación de una personalidad de entereza cuando es clara y presenta los problemas sin equívoco, hay una sugestión imperativa que se impone á las peores hostilidades. De los tres miembros del Comité de la *Unión Tolstoi* que habían votado contra la conferencia del padre Chanut, uno solo había maquinado el tumulto de esa noche, y ése era Riouffol. Los otros dos, Mario Pons y Boisselot no se habían asociado más que indirectamente por haber dejado entre las manos del obrero encuadernador las cincuenta tarjetas de invitación. Pero sabiendo el uso que había hecho de ellas, se debían considerar como cómplices suyos. Ni éstos, ni Riouffol habían contado con ese artículo del reglamento, que les obligaba á retractarse públicamente de su actitud, delante de los manifestantes que ellos mismos habían seducido, — ó bien á desempeñar un papel vergonzoso de traidores y de hipócritas, — ó á separarse de la junta directiva, que era lo mismo que salir de la *Unión Tolstoi*. En la elaboración de sus estatutos, el fundador, con su genio de organización, había previsto también las luchas íntimas. Para asegurar la unidad de su obra, había hecho aceptar esta cláusula : que todo miembro de la junta. que presentase su dimisión, cesaría al mismo tiempo de ser miembro de la *Unión*. Y como otro artículo decía que la junta se reclutaba á sí misma, una vez dimisionarios Riouffol, Pons y Boisselot, era seguro que serían reemplaz os por tres personas elegidas por

Cremieu-Dax, que haría votar como quisiera á los tres miembros restantes : Rumesnil, Bobetiere y Juan Monnerón. Riouffol y sus dos partidarios quedaron, pues, desconcertados ante esta alternativa que era un verdadero golpe de Estado en el interior de la U. T. Los tres vieron con quién tenían que habérselas. Como todos seguían callados, Cremieu-Dax continuó :

— ¿Estamos de acuerdo los seis?... Sí. Ahora, puesto que Rumesnil que debía presidir, no está aquí, les propongo echar suertes para ver quién le reemplazará, y esto en el acto, ó votar ; como ustedes quieran. El ruido aumenta. Dentro de diez minutos será más costoso aún reprimirle. Escuchen ustedes...

La canción, que había comenzado en la escalera, había invadido ya la sala, y la más asquerosa de sus estrofas llegó distintamente á través del tabique, la estrofa que hay que citar siempre para eterna vergüenza de los políticos que han llevado el amor propio de la baja popularidad hasta dejar cantar delante de ellos, ó á veces cantar ellos mismos, esas porquerías :

... ¿ Qué desea un republicano !
Vivir y morir sin cura.
La Virgen á la cuadra,
El Cristo al muladar,
Y el Santo Padre al diablo...

— Ea, señores, á votar, dijo Bobetiere ; es preciso que acabe este escándalo... »

— Votemos... repitió Juan que, aun en su propia desgracia, no podía menos de compadecer al padre Chanut, el cual, en pie en un rincón de la sala, hacía como que miraba atentamente una magnífica fotografía que representaba el retrato de un hombre premiado, por Antonello de Messine. Esta obra maestra de pintura que se ve en el Castillo Sforzesco, en Milán, evocaba, en aquella pobre pared desnuda, todo el vigor de la Italia aristocrática del siglo XV. Esta imagen contemporánea de *Prince*, estaba tan fuera de su lugar en este antro de socialistas como el mismo sacerdote, que ni siquiera la veía. Al observar los odios que despertaba su magnánima venida entre sus enemigos, ¿ comprendía la vanidad de su esfuerzo y la mentira de su doctrina política ? ¿ Ofrecía, por el contrario, en su corazón esta prueba á Jesucristo á cuyo sacrificio se asociaba su alma ferviente todos los días en la oración de la consagración : *Qui, pridie quam pateretur, panem accepit in sanctas ac venerabiles manus suas*... La misa es el Calvario continuo. Para un verdadero sacerdote, haberla celebrado por la mañana es poseer todo el día una fuerza sobrenatural en servicio de la causa. Un reflejo de esta llama interior transfiguraba en este momento la cara del inútil pero sincero apóstol. ¿ Inútil ? No. La ley que quiere que no se pierda un solo átomo de fuerza física, tiene su exacta correspondencia en el mundo moral, y en ese momento mismo, ese martirio del sacerdote demócrata ejercía su acción misteriosa muy cerca de él. Había venido para hacer conocer la Iglesia á la plebe descristianizada por el odioso trabajo de estos veinticinco años últimos. Estos extraviados no debían dejarle siquiera pronunciar una frase entera ; pero su dignidad triste y bondadosa, su reserva indulgente y grave, toda su piedad, en fin, no quedaban ineficaces. El hermano de Julia Monnerón, que pasaba horas muy crueles, en el mismo instante en que una prueba más trágica aún que las otras iba á caer sobre él, recibía de este pobre sacerdote tan sencillo en sus ideas sobre la organización de las socie-

dades y tan admirable en su valor, una nueva enseñanza sobre el poder de la fe profunda. Tenía delante una fuerza que veía distintamente, con los ojos de la carne: fuerza de consuelo y de beneficencia, fuerza de luz y de certidumbre invencible. Cremieu-Dax tenía también una fe, pero claramente falsa y estéril, manifiestamente condenada por la prueba de la realidad. Los gritos de la sala lo manifestaban bastante y su agitación ante resultado tan miserable como el que intentaba ahora su diplomacia. Cuando Bobetiere y Juan habían pronunciado su « Votemos » casi simultáneo, Riouffol había mirado el reloj y había hecho ver á los otros que, no siendo todavía las nueve, Rumesnil podía venir aún. Cremieu-Dax había aprovechado este descanso para llevar aparte á sus amigos y decirles que escribiesen en sus papeletas el nombre del obrero encuadernador. Y habiendo dado las nueve se procedió á la votación. Sucedió que Riouffol, preocupado con la llegada del rezagado, no había dado ninguna consigna á sus partidarios. Éstos votaron, pues, uno por Bobetiere y otro por Monnerón y el obrero encuadernador por Cremieu-Dax.

— Riouffol tiene tres votos... » dijo éste último que estaba encargado de verificar el escrutinio. Él es presidente... Señor cura, si usted quiere, vamos á entrar. Riouffol...

El encuadernador se había levantado. Una lucha violenta se leía en su cara aguileña y un sufrimiento apasionado en sus pequeños ojos negros que se fijaron repentinamente en Cremieu-Dax, Monnerón y Bobetiere, con una cólera que rayaba en rabia. Dió con el puño cerrado un golpe tan terrible en la mesa, que se bamboleó y los papeles volaron:

— Vosotros lo habéis querido, burgueses. Es la

guerra... ¡ Ah ! bien jugado está. Cremieu-Dax, has logrado lo que querías... Me obligas á escoger entre la *Tolstoi* y mi conciencia de socialista. Pues he escogido... Yo no presentaré este impostor — y señaló al padre Chanut con su puño siempre cerrado, — á esa buena gente... y designó la puerta que daba á la sala donde rugía ahora una tempestad indistinta de gritos contradictorios. « Presento mi dimisión. Ea ¿estás contento?... Pero la *Tolstoi* reventará. Yo prefiero eso. Ya nos encontraremos... Hasta la vista. Bobetiere, tus abuelos acuchillados por los clericales estarían contentos si te vieran. Los nuestros también, Monnerón, que se reventaban trabajando por nuestros señores los ultramontanos!... En cuanto á ti... Se acercó á Cremieu-Dax y mirándole con un odio tan intenso como inexplicable, hizo un gesto que no acabó y salió de la habitación en dirección de la gran sala, donde fué saludada su entrada con un clamoreo de su banda, al que siguió en seguida un silencio más peligroso, que probaba que los « camaradas » llevados por él estaban realmente confabulados. ¿ Qué iba á ordenarles ahora su cabecilla exasperado?

— Hay que votar de nuevo, camaradas... dijo Cremieu-Dax, que á este furioso apóstrofe del obrero se había mostrado impasible. En esta tempestad en que su instable *Unión* corría peligro de ir á pique, era verdaderamente el capitán de pie en el puente, y cuyo movimiento, cuya palabra es una acción precisa, tranquila y calculada. Cuando Riouffol se había acercado á él, los músculos de su boca habían dejado ver en su fruncimiento una cólera igual á la de su enemigo, pero que se dominaba. El magnetismo de esta energía moral había impedido que el otro le pegase. Sí, prosiguió diciendo, votemos, y al momento...

— Yo no votaré, dijo Mario Pons; pienso como Riouffol y doy mi dimisión. Vuestra actitud es muy fea... Y, al pronuciar esta fórmula de esteticismo hastiado, designaba con la vista al sacerdote siempre inmóvil, mientras que Boisselot opinaba en un estilo que á fuerza de trabajo era la forma natural de su pensamiento : Yo también doy mi dimisión como Riouffol y Pons. Si la *Unión* no es una empresa de profilaxia social, no puede vivir. Sois libres de ofrecer, con mentalidades de negros, vuestras cabezas burguesas al cebo de los parásitos de sacristía. Los piojos nacen en las cabezas sucias ; la mía está limpia...

— ¿ Quieres presidir tú, Monnerón... preguntó Cremieu-Dax á Juan ; ó tú, Bobetiere ?... Por la primera vez acaso desde que su ardor revolucionario le había llevado á reuniones intelectualmente degradantes, no pudo contener la expresión de desprecio que le inspiraban la pretensión grotesca del profeta de la « belleza para todos, y la insondable estupidez del cacógrafo : « Se han marchado, dijo... ¡ Qué cabezas ! ¡ Pero qué cabezas !... » Luego, ante la vacilación de sus amigos añadió : ¿ Prefieren ustedes que sea yo quien presida? Bueno. Señor cura, le pido perdón en nombre de todos. ¿ Quiere usted seguirme ?...

— Mientras tengamos vida, dijo Bobetiere, nosotros le garantizamos que no le tocarán....

— No piensan siquiera en eso... dijo Cremieu-Dax. Su calma presente les prueba á ustedes que están seducidos y nada más. Vamos de frente á ellos con resolución y valor.

— Yo les sigo, señores, dijo sencillamente el padre Chanut.

Había una grandeza real en la llegada al pequeño

estrado, de este sacerdote flacucho acompañado de los tres estudiantes, delante de esos doscientos cincuenta oyentes, de los cuales las dos terceras partes acababan de manifestar tan rencorosa hostilidad con un cántico digno de los caníbales. Cuando aparecieron, sus partidarios estallaron en aplausos, á los que respondieron los contrarios con un clamor de protesta. Juan, que había entrado el último, no divisaba más que caras enfurecidas, bocas abiertas gritando y ojos extraviados. ¡ Y era á este *pandemonium* á lo que llamaban la *Unión Tolstoi* ! El castigo del gran escritor ruso que por orgullo se había hecho profesor de anarquía, consistía en que su nombre ilustre por páginas dignas de Balzac, sirviese de enseña para asambleas de ese género. Entre tanto, Cremieu-Dax, en pie delante de la mesa de la presidencia, trataba de dominar ese ruido atronador, ya con la campanilla, ya gritando desesperadamente : ¡ Camaradas ! ¡ Camaradas ! En la atmósfera irrespirable ya, flotaba un relente animal, casi de fieras. Las interpelaciones se cruzaban con furia y sin interrupción : ¡ Cobardes !... ¡ Miserables !... ¡ Bandidos !... ¡ Jesuítas !... ¡ Afuera !... ¡ Viva la anarquía !... ¡ Abajo los curas !... ¡ Viva la U. T !... y descollando sobre todo, una nueva estrofa del himno de muerte :

..... Para ser libres, el único medio
Es hacer la guerra al Pretoriano.
Dinamita y petróleo
Para el buitre que roba,
Y para los poderosos la bomba...

De esta escena se desprendía un contagio de guerra civil tan intenso, que el mismo Juan se contaminó. Habiendo vislumbrado á su primo que con el gesto, la palabra y la mirada dirigía este infernal tumulto, em-